

tuviera toda clase de razones para pensar que todo lo debía a su propio tacto. Con relación al señor Táckleton, dijo: «Que, desde el punto de vista moral, era un individuo presentable; un hombre que, por ciertos conceptos, debía una estar contenta de tenerlo por yerno; fuera preciso haber perdido la cabeza para decir lo contrario». (Esta última frase la pronunció en tono muy enfático). Respecto de la familia en que pronto iba a ser admitido, después de haber solicitado tal honor, suponía al señor Táckleton enterado de que, si bien su bolsa era un poco reducida, no por eso tenía la familia menos justas pretensiones de nobleza, y que de haberse presentado diferentemente ciertas circunstancias relacionadas con el comercio del añil (pues se dignaba condescender a indicar ese origen de sus males, aunque sin entrar en pormenores del asunto), acaso hubiera podido verse al frente de una gran fortuna. Dijo luego que no quería de ningún modo insistir sobre lo pasado ni recordar que, durante algún tiempo, su hija había rechazado la petición del señor Táckleton, y que no quería decir otras muchas cosas, de las que, no obstante, habló mucho y largo. Finalmente, resumióse sentando como resultado general de su observación y experiencia, que

esos matrimonios en los cuales se encuentra de menos eso que en el necio lenguaje de novela se llama amor, eran siempre los más felices; que, por consiguiente, preveía ella, para aquel a quien se le acercaba la época, la mayor cantidad posible de dicha, no una de esas dichas que brillan y pasan como humo de paja, sino una dicha bien fundada y acondicionada sólidamente. Terminó anunciando que el día siguiente era el por ella ambicionado toda la vida, y que, una vez pasado ese día, no quería más que ser embalada y expedida para cualquier amable cementerio.

Como nada absolutamente podía responderse a tales observaciones, afortunada ventaja de todas las observaciones cuya índole es encerrarse en generalidades, variaron de conversación y llevaron la atención de la tertulia al pastel de ternera y jamón, al carnero fiambre, a las patatas y la torta. A fin de que no se cometiera la imprudencia de descuidar la cerveza embotellada, John Peerybingle propuso beber a la salud de la mañana siguiente, día de bodas, y pidió que le dieran satisfacción, antes de proseguir su viaje.

Pues hay que decir que John no hacía sino descansar allí y dar un pienso a su viejo caballo. Tenía que recorrer aún cuatro o cinco millas, y por la tarde, de

regreso, iría a buscar de paso a Dot, y se detendría por segunda vez antes de entrar en su casa. Ese era el programa de todos los días de comida a escote, observado fielmente desde su fundación.

Además de Táckleton y su novia, había allí dos personas que hicieron poco honor al brindis. Una de ellas, era Dot, demasiado agitada y turbada para tomar parte en los pequeños incidentes de la fiesta; la otra, Berta, que se levantó precipitadamente antes que los demás y se fué de la mesa.

—¡Adiós!—dijo el robusto John Peerybingle, echándose por la espalda la hopalanda impermeable.—Estaré de vuelta a la hora de siempre. ¡Adiós a todos!

—¡Adiós, John!—respondió Caleb.

Pronunció ese adiós maquinalmente, y también le saludó del mismo modo con la mano por rutina, porque, en aquel momento, contemplaba a su hija con una mirada inquieta que nunca se veía alterarle la expresión de la fisonomía.

—¡Adiós mozalbetel!—dijo el alegre trajinero, inclinándose para besar al niño que Tilly Slowboy, muy absorta por el momento en el ejercicio del tenedor y el cuchillo, había dejado dormido (y, ¡cosa rara! sin accidente), en una casita amueblada por las manos de Berta.—¡Adiós! ¿Cuándo irás tú en mi lugar

a desafiar el frío para dejar a tu padre anciano cuidando de su pipa y su reuma al lado de la chimenea? Pero, ¿dónde está Dot?

—¡Aquí, John!—dijo la esposa despertada como en sobresalto.

—¡Vamos! ¡Vamos!—continuó el trajinante, golpeándose una mano contra la otra;—¿dónde está la pipa?

—¡Me había olvidado completamente de la pipa, John!

—¡Olvidarse de la pipa! ¡Habrásse oído cosa semejante! ¡Ella! ¡Dot! ¡Olvidarse de la pipa!

—Voy... voy... a llenarla al momento. Pronto está.

Sin embargo, no estuvo tan pronto. La pipa estaba en el lugar de siempre, en el bolsillo del impermeable, con la petaquita, labor de sus manos, de donde Dot solía sacar el tabaco para llenar la pipa; pero le temblaba de tal modo la mano, que se enredó en la petaca (sin embargo, la mano era lo bastante chiquita para poder salir sin trabajo), en fin, que demostró una torpeza irritante. ¡Y yo que os había ponderado tanto su habilidad para atracar la pipa! Pues bien, en todos los pequeños quehaceres en que sobresalta, no pudo estar más torpe desde el principio hasta el fin. Durante todo ese tiempo, Táckleton no hacía más que aumentar su confusión,

mirándola maliciosamente con su ojo a medio cerrar, cada vez que encontraba los de ella, o mejor dicho, cada vez que los cogía al pasar, pues no puede decirse que encontrase nunca otros ojos; más bien era el suyo una trampa abierta para engullirse los demás.

—¡Dios mío! ¡qué Dot tan boba te has vuelto esta tardel — dijo John. — ¡Creo que yo la hubiera atracado mejor!

Tras estas palabras, pronunciadas sin malicia, marchóse en compañía de Boxer, del penco y del carruaje, produciendo juntos alegre música a lo largo del camino.

Entretanto, Caleb, meditabundo aún, miraba a su hija ciega con la misma expresión de estupor esparcida por su fisonomía. Al fin, le preguntó, bajito:

—¿Qué ha sucedido, Berta? ¡Cuánto has variado en pocas horas... desde esta mañana, hija mía! Todo el día estás triste y silenciosa... ¿Qué te pasa?... ¡Dímelo!

—¡Oh, padre! ¡Oh, buen padre! — exclamó la ciegucecita, prorrumpiendo en llanto. — ¡Oh, cruel destino mío! ¡oh, cruel destino!

Antes de responder, pasóse Caleb la mano por los ojos.

—¡Pero, Berta, acuérdate de lo alegre y feliz que has sido siempre; acuérdate de que eres buena y amada de todos!

—¡Eso es lo que me desgarrá el corazón, padre! ¡El ver a usted siempre tan cuidadoso de mí, tan bueno siempre para mí!

Caleb estaba demasiado turbado para comprender.

—Ser... ser ciega, Berta — balbució. — es sin duda gran aflicción, hijita mía; pero...

—¡Nunca la he sentido! — exclamó la joven. — ¡Nunca la he sentido, al menos en su plenitud! No, nunca. ¡A veces he deseado ver a usted, o verle a él, verle una vez sólo, un minutito, padre mío, a fin de poder conocer por mis ojos la imagen que conservo aquí (se llevó la mano al corazón), como precioso tesoro, a fin de estar segura de no haberme equivocado! Y a veces también (pero entonces era yo una niña) he llorado, durante mi oración de la noche, pensando que sus queridas imágenes, que subían de mi corazón al cielo, podrían no tener exacto parecido con ustedes. Mas no he experimentado mucho tiempo esos sentimientos; se han desvanecido, dejándome tranquila y satisfecha.

— Lo mismo sucederá ahora — dijo Caleb.

—¡Pero, padre mío, mi buen padre, mi tierno padre, sea usted indulgente conmigo, si soy culpable! — continuó la

ciega.—No es esa la pena que me abruma en este momento.

No pudo el padre retener las lágrimas que le inundaban los ojos, por lo muy emocionada que estaba la voz de Berta y lo patético de su acento. No obstante, aun no la comprendía.

—Tráigamela, — prosiguió Berta:—no puedo guardar ese secreto encerrado en mí misma. ¡Tráigamela, padre mío!

Berta notó que él titubeaba, por lo cual añadió:

— ¡Tráigame a May, padre, tráigamela!

May oyó pronunciar su nombre, y acercándose a ella despacito, la tocó en el brazo. La ciega se volvió al momento y le cogió ambas manos.

— ¡Mire usted mi rostro, corazón querido, buena y cariñosa amiga! Lea en él con sus hermosos ojos, y dígame si está en él escrita la verdad.

— ¡Sí, Berta querida!

La ciegucecita, alzando su faz sin mirada, por la cual corrían abundantes lágrimas, habló en estos términos:

— ¡No hay en mi alma un deseo ni un pensamiento que no sean para su felicidad, hermosa May! ¡No hay en mi alma un recuerdo de agradecimiento mayor que el recuerdo profundamente grabado en ella de las numerosas pruebas de atención que usted, que podría enorgu-

llecerse de sus ojos videntes y del brillo de su belleza, ha dado a la pobre ciega Berta, cuando éramos niñas ¡ay! si es que existe la infancia para un ciego! ¡Desciendan sobre su cabeza todas las bendiciones del cielo! ¡Qué todos los esplendores brillen en su feliz carreral! ¡Tanto mejor! ¡tanto mejor, querida May!

En este momento, acercóse más aún a su amiga, cuyas manos estrechó, redoblando su ternura.

— ¡Oh! ¡tanto mejor!, se lo aseguro, aunque la noticia de que iba usted a ser su esposa me haya torturado el corazón hasta casi destruirlo. Padre mío, May, María, perdonenme este sentimiento. Es muy natural. Piensen ustedes en todo cuanto él ha hecho para aliviar las penas de mi triste vida sumida en las tinieblas. ¡Pues bien! ¡No obstante, puede usted creerme con confianza, cuando tomo al cielo por testigo de que no podía yo desearle que se casara con una mujer más digna de su bondad!

Al tiempo que hablaba, soltó los brazos de May Fielding, para coger sus vestidos, a los cuales tenía agarrada en una actitud en que la ternura se mezclaba a la súplica; hasta que adoptando una postura cada vez más humilde, a medida que avanzaba en su extraña confesión, dejóse al fin caer a los pies de su amiga, y ocultó su ros-

tro ciego en los pliegues de la falda de May.

—¡Gran Dios!—exclamó su padre, iluminado de pronto por la súbita aclaración de la verdad.—¡No la he estado engañando desde su niñez, más que para destrozarle el corazón!...

Fué gran fortuna para todos ellos que Dot, la radiante, útil y activa Dot, que todo eso era, con todos sus defectos, y a pesar del mal concepto que podáis formar de ella cuando llegue la hora; fué gran fortuna para todos ellos, repito, que estuviera Dot allí; a no ser por esto, no puede saberse cómo hubiera acabado la cosa. Pero Dot, recobrando su presencia de ánimo, intervino antes que May pudiese replicar o que Caleb pudiera añadir una palabra más.

— ¡Venga, venga, querida Berta! ¡Venga conmigo! Dale el brazo, May. Eso es. Ve como está ya más tranquila, y qué bien hace en escucharnos—dijo la alegre mujercita besándola en la frente. —¡Ea! ¡Venga, Berta querida! ¡venga! Y he aquí a su excelente padre, que va a llevársela, ¿no es eso Caleb? ¡Va usted a lle-vár-se-la!

—¡Bien! ¡bien! ¡bravo!

Dot era una criaturita muy noble en semejantes ocasiones, y hubiera hecho falta tener un corazón durísimo para resistir a su influencia. Así que hubo

hecho salir al pobre Caleb con su hija Berta, para que pudieran consolarse y animarse mutuamente (harto sabía ella que eran los únicos capaces de hacerlo), volvió de un salto, tan fresca como una lechuga, como vulgarmente se dice, y yo diré que aun más fresca, para montar la guardia cerca de la tiesecilla señora de Fielding, de aquella pedante, no fuera que la pobre vieja llegase a hacer algún descubrimiento enfadoso.

—Tráigame el nene, Tilly—dijo acercando al fuego una silla.—En tanto que yo le tendré en mis rodillas, la señora Fielding va a decirme cómo se debe fajar a los niños, y a enseñarme multitud de atenciones para las cuales soy todo lo torpe que se puede ser. ¿Quiere usted, señora Fielding?

El mismo gigante de Gales, que, según la leyenda popular, fué lo bastante necio para ejecutar en su propia persona una fatal operación quirúrgica, creyendo imitar el juego de manos que en su presencia efectuaba su enemigo mortal, a la hora de la comida; ese mismo gigante no cayó en el lazo que le tendían, tan fácilmente como la vieja señora cayó en las halagüeñas trampas de Dot. La marcha de Táckleton, que había ido a dar una vuelta, y sobre todo el cuchicheo de otras dos o tres personas que hablaban juntas aparte dos o

tres minutos, abandonándola a sus propias distracciones, hubieran bastado para hacerle mantener su altanería y renovar la expresión de sus pesares, durante veinticuatro horas, acerca de aquella misteriosa y fatal revolución en el comercio del añil. Pero el hartado respeto a su experiencia, por parte de la joven madre, fué tan irresistible, que, después de algunos remilgos de modestia, empezó a esclarecerla de la mejor gana del mundo. Sentada, tiesa como un huso, frente por frente de la maliciosa Dot, indicó en media hora más recetas infalibles y preceptos domésticos, de los que hubieran hecho falta (de creerlos) para arruinar completamente la constitución del joven Peerybingle, aunque hubiera sido otro Sansón en ciernes.

Para mudar de tema, empezó Dot a coser, pues no sé cómo se las arreglaba, pero llevaba siempre en el bolsillo el contenido de un saco lleno de labor; arrulló luego un poco al niño; emprendió de nuevo su tarea durante un instante, entabló una ligera charla en voz baja con May, en tanto que la anciana echaba un sueño, de modo que dividiendo su tiempo en pequeñas fracciones, según su costumbre, acabó por llegar sin enterarse al fin de la tarde, que pasó como un sueño. Por la noche, como

uno de los solemnes convenios de la institución de aquella comida a escote era que el día en que ésta se efectuaba, Dot tenía que limpiar toda la casa de Berta, arregló el fuego, barrió el hogar, preparó la mesa de té, echó las cortinas y encendió una luz. Tras lo cual, ejecutó una o dos piezas en una especie de arpa construída toscamente por Caleb para su hija, y lo hizo muy bien, a fe mía, porque la naturaleza habíale obsequiado con un buen oído, cuya linda orejita era tan propia para recibir las impresiones musicales, como para lucir zarcillos, si los hubiera tenido. Así las cosas, llegó la hora señalada para el té, Táckleton volvió para tomar una taza y pasar la velada con ellos. Caleb y Berta hacía ya largo rato que se habían retirado: el buen hombre había emprendido de nuevo su interrumpido trabajo; pero apenas daba pie con bola el pobre diablo, por lo muy inquieto que estaba acerca de su hija y por los muchos remordimientos que tenía. Era enternecedor el espectáculo de verle allí sentado, cruzado de brazos, sin hacer nada, en su escabel de trabajo, mirándola pesadoso y repitiendo constantemente para sí: «¡Y la he estado engañando desde su niñez, para acabar por destrozarle el corazón!»

Cuando se hizo completamente de no-

che, y así que hubieron tomado el té, que Dot hubo concluído de fregar las tazas y los platillos, en una palabra (¿a qué perder el tiempo, si tengo que venir a parar aquí?) cuando llegó el momento en que el ruido lejano de las ruedas, iba a anunciarle, al acercarse, el regreso del trajinero, varió de nuevo la actitud de Dot: sonrojábase y palidecía alternativamente sin poder estar quieta. Me diréis que todas las mujeres honradas hacen lo mismo cuando oyen volver al marido. Pero no es eso; su agitación no era debida a la impaciencia.

Se oye ruido de ruedas, pasos de caballo, ladridos de perro. Estos diversos sonidos se acercan poco a poco. He aquí ya a Boxer que araña la puerta.

—¿Qué paso es ese?—exclamó Berta, estremeciéndose.

—¿Qué paso?—repitió el trajinante, de pie en el umbral, con su bronceada cara roja como una amapola, merced al aire fresco de la noche.—¡Pues es mi paso!

—El otro—replicó Berta,—el paso del hombre que camina detrás de usted.

—No hay modo de engañarla—dijo John riendo.—¡Entre usted, caballero, será usted bienvenido; nada temal

Gritaba esas últimas palabras a quemarropa; mientras él hablaba entró en el cuarto el señor sordo.

—Este señor no es para usted tan ex-

traño que no le haya visto ya una vez, Caleb—prosiguió el acarreador.—Supongo que le dará usted hospitalidad hasta que nos vayamos...

—¡Oh! Desde luego, John, es gran honor para mi,

—Por otra parte; es el compañero más cómodo que pueda haber sobre la tierra—dijo John—cuando hay que decir secretos. Yo tengo pulmones bastante buenos; pero él los pone a prueba, puedo responder de ello. Siéntese, caballero. ¡Aquí no hay sino amigos, y que tienen mucho gusto en verle!

Después de dar al forastero esa seguridad, con voz que confirmaba grandemente lo que acababa de decir de sus pulmones, añadió en tono natural:

—Una silla al lado de la chimenea, que le dejen sentado tranquilamente mirar en torno suyo a su antojo, es todo lo que hace falta. No es difícil de contentar.

Berta había escuchado con profunda atención. Llamó a su lado a Caleb, así que éste hubo colocado una silla para el forastero, y, en voz muy baja, suplicóle que le describiese al visitante. En cuanto lo hizo Caleb (esta vez sin mentir y con escrupulosa fidelidad), efectuó la joven un movimiento, el primero desde que había entrado el sordo, profirió un suspiro, y no pareció volver a cuidarse de él.

El trajinante estaba de muy buen humor, y más enamorado que nunca de su mujercita.

—Ha sido muy torpe esta tarde Dot—le dijo pasándose alrededor del talle su rudo brazo, mientras ella estaba de pie, sola, aparte;—pero, no importa, eso no me impide amarla. ¡Mira allí, Dot!

Con el dedo indicaba al señor viejo. Dot bajó la vista. Y hasta creo que tembló.

—¡Es... ¡ahl! ¡ahl! ¡ahl!... es tu admirador, sabes!—añadió el trajinante.—No me ha hablado de otra cosa durante todo el camino. Pero ¡bah! es un buen solterón. Me ha gustado.

—Quisiera que hubiese escogido más digno tema—respondió Dot, paseando por el cuarto una mirada de inquietud, encaminada sobre todo a Táckleton.

—¡Tema más digno!—exclamó gozoso el bonachón del trajinero.—Apenas si lo hay. ¡Ea! ¡Fuera la hopalanda! ¡fuera el tapabocas! ¡fuera las pesadas mantas de viaje! ¡y pasemos una buena media hora junto al fuego! ¡Soy su humilde servidor, señora de Fielding! ¿Quiere usted que juguemos los dos a los cientos? Soy con usted. ¡Dot! ¡los naipes y la mesal y también un vaso de cerveza... si no te la has bebido toda, mujercita mía.

Su proposición se dirigía a la señora

anciana, que la acogió con graciosa atención, de modo que pronto quedó empeñada la partida. Al principio, el trajinero miraba a intervalos en derredor suyo sonriendo, o bien llamando de vez en cuando a Dot para que ésta viniese a examinar su juego por encima de su hombro y le aconsejase sobre alguna jugada difícil. Pero como su adversaria era jugadora rígida, verdadera puritana en el artículo y además estaba sujeta a la debilidad de apuntarse a veces más tantos de los que tenía derecho a apuntarse, vióse nuestro amigo John obligado a ejercer tal vigilancia, que no le bastaban sus ojos ni sus oídos para velar por sus intereses. Así es que las cartas absorbiéronle toda la atención, y no pensaba ya en otra cosa, cuando una mano apoyada en su hombro vino a recordarle que existía un Táckleton.

—Siento tener que molestarle; pero he de decirle dos palabras al instante.

—Yo doy—respondió el trajinero.—Este es el momento crítico.

—Tiene usted razón; el momento crítico—dijo Táckleton,—¡Venga usted, buen hombre!

Había en su pálido rostro una expresión que hizo levantar al otro inmediatamente y preguntarle con precipitación de qué se trataba.

—¡Chito, John Peerybingle!—dijo Táckleton;—estoy desconsolado, sí, desconsolado; a decir verdad, me lo temía; lo había sospechado desde el primer momento.

—¿Pero qué es ello?—preguntó el trajinante con el espanto pintado en el rostro.

—¡Chitón! Se lo voy a enseñar, si quiere usted venir conmigo.

John le siguió, sin decir una palabra más. Atravesaron un patio, a la luz de las estrellas, y por una puertecita excusada, entraron en el mismo mostrador de Táckleton, en donde se hallaba una vidriera a través de la cual veíase la tienda, cerrada entonces para la noche. No había luz en el mostrador; pero había lámparas a lo largo de la estrecha tienda, lámparas que alumbraban los cristales.

—¡Un momento!—dijo Táckleton.—¿Tendrá usted valor para mirar por la vidriera? ¿Lo cree usted?

—¿Por qué no?—preguntó el acarreador.

—¡Un momento aún!—dijo Táckleton.—¡Sobre todo, nada de violencia! Eso no serviría de nada, y hasta sería peligroso. Usted es un hombre fuerte, y puede muy bien acogotar a un hombre sin darse cuenta de ello.

Miróle de frente el trajinero y retroce-

dió un paso, como si acabase de recibir un tiro a boca de jarro. De un salto, fué a la puerta vidriera y vió...

—¡Oh! ¡qué sombra en el hogar! ¡oh, grillo fiel! ¡oh, mujer pérfida!

La vió con el señor viejo; ¿qué digo? viejo, no, más bien un mozo joven y guapo, tieso como un huso, que tenía en la mano las canas postizas que le dieron entrada en su hogar, ahora desolado y miserable.

La vió, dando oídos a sus discursos, al tiempo que él se inclinaba para hablarle bajito a la oreja; la vió, dejándole pasar el brazo alrededor de la cintura, cuando se encaminaban lentamente a lo largo de la obscura galería de madera, hacia la puerta por donde habían entrado; los vió pararse; vió que ella se volvía (¡oh! ¡ver aquel rostro, aquel rostro que tanto amaba él, verlo bajo su nuevo aspecto!) Vió que con sus propias manos arreglaba ella en la cabeza del joven viejo los embusteros cabellos, riéndose sin duda de la crédula y confiada simpleza de su marido.

John contrajo primero convulsivamente su mano vigorosa, cual si se dispusiera a derribar un león; pero los músculos se le aflojaron al momento; la desplegó abierta del todo ante los ojos de Táckleton, pues aún amaba a su Dot; la amaba incluso en aquel instante, y en

cuanto las dos apariciones se hubieron desvanecido, cayóse en una mesa de escritorio, cayó tan débil como un niño.

Estaba ya arropado hasta la barba y ocupado en el caballo y los paquetes, cuando entró Dot en el cuarto para disponerse a partir.

—¡Vamos, John, vamos, queridol ¡Buenas noches, May! ¡Adiós, Berta!

¿Tendría corazón para besarlas? ¿para estar alegre y satisfecha como lo estaba al despedirse? ¿Tendría el descaro de mirarlas de frente sin sonrojarse? Sí. Táckleton la observaba de cerca. Tuvo corazón y descaro para ello.

Tilly dormía al niño; pasó y volvió a pasar una docena de veces junto a Táckleton, repitiendo con su voz monótona:

—Era, pues, el saber que las otras iban a ser sus mujeres, lo que les destrozaba los corazones; ¡y los papás las engañaban desde su niñez para acabar por destrozales los corazones!

—Déme ahora el niño, Tilly. Buenas noches, señor Táckleton. ¿Dónde está John? ¡por amor de Dios!

—Quiere ir a pie a la cabeza del caballo—dijo Táckleton, ayudándola a subir al pescante.

—¿A pie, de noche, querido John?

El rostro abrigado de su marido le

hizo al punto con la cabeza una seña afirmativa: el pérfido forastero y la criadita habíanse sentado en el carruaje; el rocín se puso en movimiento. Boxer, en su absoluta ignorancia de todas las cosas, salió delante al galope; luego, desandado lo andado, volvió atrás; corría a derecha e izquierda, describiendo un círculo alrededor del coche, y ladraba de modo más alegre y triunfante que nunca.

Cuando Táckleton hubo salido a su vez, para acompañar a la señora de Fielding y a May hasta su casa, sentóse el pobre Caleb junto al fuego, al lado de su querida Berta, con el corazón desgarrado por inquietudes y remordimientos, y repitiendo aún, contemplándola tristemente: «¡Y la he engañado desde su niñez, para acabar por destruirle el corazón!»

Los juguetes que habían puesto en movimiento para divertir al niño, hacía ya largo rato que se hallaban en reposo. En medio del silencio, a la claridad de aquella luz indecisa, las muñecas, con su imperturbable calma; los caballos de báscula, tan agitados poco antes, con los ojos fijos y las narices abiertas; los señores viejos, a la puerta de sus casas, medio replegados sobre sí mismos, doblados en dos, por sus desfallecidas rodillas; los cascanueces de ca-

ras que hacían sus muecas; y hasta los animales que iban al arca, de dos en dos, como un colegio que va de paseo: todos parecían atacados de una inmovilidad mágica, al ver un doble milagro: Dot pérfida, y Táckleton amado.



III

TERCER CHIRRIDO

LAS diez daban en el reloj holandés colocado en el rincón de la cocina, cuando se sentó junto al fuego el trajinante, tan turbado y abatido por la pena, que el cuco se amedrentó, según creo, porque, después de proferir a toda prisa sus gritos melódicos para anunciar la hora, sumergiéndose de nuevo a escape en el palacio morisco, cerrando con estrépito tras de él la puerta, como si no tuviera valor para afrontar por más tiempo tan insólito espectáculo.

El mismo segador, aunque hubiera tenido la guadaña más cortante y hubiérala hundido a cada paso en el corazón del trajinero, nunca hubiese podido lastimarle, herirle tan cruelmente como Dot le había herido.